

cinamos sobre la naturaleza de Dios, de los Angeles... sobre los principios, las doctrinas, la Religión, la moral, la filosofía, las leyes, etc., ¿pedimos, recibimos acaso el menor auxilio de nuestro cuerpo? ¿no debemos esforzarnos, por el contrario, por abstraernos de cuanto es corporal y sensible (1)?

«Juicio y raciocinio suponen una conveniencia ó des conveniencia percibidas. Pero esta conveniencia ó des conveniencia no pueden ser percibidas más que por un principio idéntico y comparador que posee, simultáneamente y por entero, las ideas ó las proposiciones acerca de las que trata de pronunciarse. Y este principio comparador é idéntico no puede ser la materia cerebral, porque en toda materia una modificación recibida excluye la existencia simultánea de otra modificación. Tomo, por ejemplo, materia y hago un cubo; es evidente que ese cubo deberá desaparecer en totalidad, si de la misma materia quiero hacer una esfera. Uno y otra se excluyen mutuamente. Lejos, pues, de ser apta para juzgar de la conveniencia ó des conveniencia de dos ideas que coexisten, por medio de una comparación, la materia no puede poseer una sin que la otra haya desaparecido del todo. El principio idéntico y comparador que juzga y raciocina es, por consiguiente, un ser simple que nada ofrece de común con la materia (2).»

VII. — **Prosigue la misma materia: libre albedrío.** — «Cuanto más vamos adelantando en nuestro análisis, tanto más vemos la materia someterse á un elemento dominador; pero ved aquí una última revelación que acaba de disipar las insolentes pretensiones del materialismo. En los discursos del hombre se oye á cada paso esta palabra: *Yo quiero*. ¿Es por ventura ésta la expresión de una actividad mecánica, regulada por leyes inflexibles á las que, según dictamen de la ciencia, no puede sustraerse la materia? No; antes bien es la expresión de una actividad espontánea que se determina á sí misma, después de una elección libre. En vano se trata de persuadirme que mis determinaciones están sujetas á la fatalidad; porque estoy irresistiblemente convencido de que yo me determino porque así lo quiero con mi libre voluntad. La libertad tiene en todas las lenguas un nombre que no se borrará jamás, y en todas las conciencias un grito que no podrá ser ahogado. *¡Yo quiero!* El acto expresado por esta frase demuestra hasta la última evidencia, que toda una serie de operaciones se sustrae en mí á la acción de la fuerza mecánica y fatal de la materia. ¿Podría yo mudar á mi albedrío, tal ó cual de mis acciones,

(1) Ráulica, *loc. cit.*

(2) Monsabré, *op. cit.*, pág. 144.

si fuera la materia el único principio agente de mi naturaleza? Yo no digo á mi estómago que no segregue el jugo gástrico, ni á mi hígado que no segregue la bilis, ni podría decir á mi cerebro que no segregase el pensamiento, si éste fuera el resultado de las funciones encefálicas. Pero, ciertamente, yo pienso porque quiero pensar, yo cambio de pensamiento según me place, yo entro y salgo por el tejido de las fibras y moléculas en que se pretende aprisionarme, y por todas partes encuentro libre el paso; yo lo domino. La fuerza superior, subsistente, simple, creadora, lanza este grito victorioso: ¡Soy libre en la materia esclava!

Es libre y, por consiguiente, responsable; por eso oímos al hombre decirse á sí mismo: «Estoy contento, he obrado bien; me arrepiento, he obrado mal.» Nada más extraño, nada más absurdo y monstruoso que estos testimonios, tantas veces repetidos, de la conciencia humana, en el sistema de los que atribuyen á la materia el origen de todas nuestras acciones. ¿Es, la infeliz, dueña de aquellas secreciones? Si halláis que ha obrado mal alguna vez, echad la culpa á la odiosa necesidad que ordena sus movimientos; pero respetadla en la abyección del crimen como en las glorias de la virtud. No habiendo en ella ni crimen, ni virtud, ni abyección, ni gloria, el desprecio es una injusticia, y la admiración una necedad. En todas nuestras acciones no nos correspondería sino la indiferencia; pues todo está en orden, porque todo sucede según la ley. Tal es el lenguaje que debería usar la humanidad materialista; pero, por la misericordia de Dios, la conciencia indignada protesta en todos los idiomas contra la confusión y trastorno de las nociones, que son el fundamento de toda sociedad. En todas partes, aun en los pueblos de corazón pervertido y que absuelven de las iniquidades más repugnantes, oímos proclamar esta máxima fundamental del orden moral: *Declina à malo et fac bonum*: «Apártate del mal, y obra el bien.» En todas partes nos revela el lenguaje humano, por cima de la materia, esclava de las leyes físicas é irresponsable, un principio libremente sometido á leyes superiores, y responsable de sus acciones ante el tribunal de la conciencia (1).»

«La nota de la libertad es característica, y no pertenece á la acción atómica pura. En efecto; todo fenómeno físico-químico se reproduce invariablemente el mismo en igualdad de circunstancias; hecho absoluto y general que sólo tiene excepciones aparentes, debidas á nuestra imperfección de conocimientos, y que pronto desaparecen al profundizar más en el estudio. Además, las fuerzas atómicas pueden expresarse exactamente por números, lo que permite representar to-

(1) Monsabré, *op. cit.*, pág. 146 y sigs.

dos sus fenómenos por un sistema de ecuaciones diferenciales, unido al conocimiento del estado inicial. Así, pues, si en el hombre no existiese un principio superior á la materia, cualquiera podría saber y decirnos el momento preciso en el cual querríamos mover un miembro, por ejemplo, decir tal ó cual palabra, etc., justamente porque habría visto, por medio de sus ecuaciones, que tales actos debían realizarse por nuestros organismos, en los instantes referidos. Y estas predicciones no resultarían jamás fallidas.

Empero, la libertad humana desmiente y rechaza por absurda semejante hipótesis, patentizando el sentido íntimo que hay en ciertos fenómenos vitales, acciones distintas de las atómicas, es decir, de los poderes ciegos que se manifiestan en los fenómenos físico-químicos (1).»

VIII.—**Prosigue la misma materia: memoria.**—En el más profundo silencio, y sin agente exterior, nos es dado evocar á nuestro antojo los más ocultos recuerdos, envueltos en los archivos de la memoria, é iluminarlos con luz actual. El alma había conservado en sus anales el grabado fiel de los hechos, no obstante la destrucción y renovación continua del tejido encefálico, sujeto, como los demás, al movimiento nutritivo del organismo. Frecuentemente ciertos recuerdos evocan otros análogos y contemporáneos, en cuyo caso podemos á nuestro arbitrio reprimir instantáneamente estas apariciones, si no las creemos oportunas, y proseguir nuestra interrumpida revista; ya nos detenemos complacidos ó apesadumbrados contemplando esas visiones de remotas épocas. Es decir, nuestro espíritu goza la más omnimoda libertad para moverse en este punto, y estamos de ello plenamente convencidos.

Y he aquí cómo quiere el materialismo explicarnos ese *yo recuerdo* pronunciado por el alma. La memoria no es más, dicen algunos, que un fenómeno de fosforescencia por el que se produce un *éter especial*; otros la asemejan á un hecho fotográfico realizado por la célula nerviosa. Existe la moderna hipótesis que compara el cerebro á un fonógrafo perfeccionado. Los que opinan que la renovación cerebral se verifica á expensas de los elementos destruidos, arguyen que las células, al desaparecer, transmiten á las que vienen á sustituirlas esas fotografías por herencia; mientras los que admiten la renovación por medio de los elementos que la sangre lleva al blastema, explican que este líquido conserva cierto fluido, que contiene los recuerdos, y el cual se fija á las células de nueva formación (2).

(1) Perales, *ob. cit.*, p. 51.

(2) Los datos en que se apoyan estas teorías, se han empleado á la par como

Mas, que responda el materialismo al argumento siguiente, sacado de la constitución de los seres materiales. Sabemos que la materia se compone de partes continuas entre sí, en último término; pues la contigüidad atómica representa en este caso—vibración fosforescente, fonográfica ó fotográfica—el papel de verdadera continuidad. Por tanto, si es continua, ¿cómo ha de serle posible pasar de un recuerdo á otros recuerdos cuyas células conservadoras están distantes, sin que las intermedias funcionen? ¿Cómo saltar de éste á aquél y de aquél á éste, á nuestro capricho y jugueteando con ellos? ¿Cómo será esto posible sin necesidad de estimulante gemelo venido de fuera ni del interior, cuya exigencia es indispensable para la realización de todo fenómeno reflejo medular (1)?

IX.—**Prosigue la misma materia: lenguaje.**—No podrá, finalmente, el materialismo responder á esta voz imperecedera del espíritu y supremo testimonio del alma. El yo habla, en efecto, y al propio tiempo que su voz llega, hiere y vibra en cuerpos materiales que no contestan, ó lo hacen sólo con ecos sin vida ni entendimiento; ve que su palabra enderezada al hombre es por éste contestada, es decir, es la vida que responde á la vida, una inteligencia á otra inteligencia. ¿Cómo expresar, pues, ese algo del que habla transmitiéndose al que escucha, y viceversa? ¿Consisten tan sólo en cambios de ondas sonoras, de conmociones nerviosas; ó se trata de una acción y reacción molecular entre la materia que habla y la materia que oye? No; lo que liga y une aquí es una suerte de fraternidad intelectual; es decir, que la palabra es, como dice un escritor ilustre, la conversación de los espíritus que se corresponden, la comunión de las almas, dándose un abrazo en el seno de la verdad (2).

argumentos en contra de la existencia del alma. El error está en no distinguir la memoria sensible de la intelectiva. La *memoria sensitiva* es un fenómeno que se realiza mediante un instrumento material, y sería absurdo no creer regido y sujeto este aparato, en lo que á su materia concierne, por las leyes mecánicas de los átomos. Pero ¿será el cerebro, como siente Guyan, un fonógrafo *perfeccionado*, ó consciente? Un fonógrafo perfeccionado es posible que lo sea; pero no puede admitirse que sea un *fonógrafo consciente*: estos dos términos son antitéticos, y su reunión lógica imposible. En tal caso, sería preciso admitir las *células pensantes* de Luys; es á saber, dotar á la materia de conocimiento, lo que es un absurdo, según ya sabemos. Pero no podrían tampoco realizarse las funciones de esta potencia sin el aparato anatómico cerebral; puesto que toda manifestación de la vida humana exige para efectuarse la unión sustancial del alma con el cuerpo. (V. Perales, *ob. cit.*, pág. 254 y sigs., de donde tomamos estos conceptos).

(1) V. Perales, *op. cit.*, pág. 47 y sigs., de donde entresacamos los conceptos á este párrafo pertinentes.

(2) V. Perales, *op. cit.*, pág. 56 y 57, de donde tomamos estos conceptos.

«La palabra nos revela, pues, que hay en el hombre una fuerza superior á la materia. Esta fuerza, ¿es una simple propiedad que subsiste con la subsistencia de la materia, ó tiene subsistencia propia? La respuesta á esta cuestión es el *yo* que se afirma á sí mismo en todas sus operaciones. Decimos, en efecto: yo oigo, yo veo, yo gusto, yo siento, yo vivo, etc.; y con semejantes expresiones indicamos á un ser que sólo conoce los cuerpos y sus impresiones, justamente porque él no es ni cuerpo ni sentido. Si estuviera materialmente determinado para ver, no podría oír; si lo estuviera para oír, no gustaría, y así de los demás; puesto que toda determinación orgánica es exclusiva (1). Y si obrara sólo en virtud de una modificación orgánica, como el bruto, es cierto que oíría, vería, sentiría, etc.; pero no podría referir á un mismo principio las impresiones experimentadas, ni pasar del conocimiento particular y distinto de estas impresiones al conocimiento objetivo de los cuerpos que las producen (2). Pero nosotros conocemos todos los cuerpos y sus impresiones al mismo tiempo y en el mismo *yo*; luego este *yo* no está materialmente determinado; luego este *yo* no tiene nada común con los cuerpos; luego este *yo* no se afirma á sí mismo, sino porque subsiste en sí mismo (3).»

X.—**Prosigue la misma materia.**—«Es ley del orden físico que los fenómenos varían constantemente con la variación de las causas, y que iguales causas producen ordinariamente iguales fenómenos: de donde se infiere que no siendo la palabra, desde el punto de vista físico, más que una serie de sonidos articulados, debe producir, dirigiéndose á la materia que es cosa puramente física, fenómenos diferentes si varían los sonidos, y fenómenos semejantes, si lo son los sonidos. Y no obstante ¡hecho singular! en oposición á toda ley, vemos, que palabras perfectamente semejantes producen fenómenos completamente diferentes, y palabras del todo diferentes dan lugar á fenómenos absolutamente semejantes. Por ejemplo; encuentro á un francés, que me pregunta: *Comment vous portez-vous?* (¿Cómo sigue V.?) y le respondo: *Très-bien, je vous remercie.* (Muy bien, gracias). Se me acerca un inglés, y me dice: *How do you do?* (¿Cómo sigue V.?) y contesto: *Très-bien, je vous remercie.* Viene un italiano, y pronuncia: *Come sta?* (¿Cómo está V.?) y digo: *Très-bien, je vous remercie.*—Un alemán, un ruso, un cafre, un hotentote, en fin, llevarían la misma respuesta, si yo entendiese sus idiomas. He aquí

(1) S. Tom., *Sum. Theol.* I, p. q. 75, art. 2.

(2) Id., *ibid.*, I p. q. 75, art. 3: *Utrum animæ brutorum sint subsistentes?*

(3) V. Monsabré, *op. cit.*, pág. 140 y sigs.

el misterio. Trátase de aprender una lengua, conviene á saber, de comprender la relación entre los signos y las ideas; y esto es totalmente imposible á la materia. Esta recibirá todas las impresiones que se quiera; pero siendo la reacción medida por la impresión recibida, no podrá jamás dar respuesta igual á signos diferentes, que producen impresiones diferentes. No es, pues, la materia la que responde á la palabra, sino un principio simple, que recibe la impresión de esa cosa inmaterial que se llama relación; el mismo principio comparador cuya intervención hemos comprobado en el juicio y en el raciocinio.

Veamos ahora otro ejemplo, donde los fenómenos suceden en sentido inverso. Leo en cierta historia: «El rey regresó á la capital, y allí murió.» Y este *allí murió*, me deja completamente insensible. Pero leo en Corneille: «Uno contra tres, ¿qué queréis que resultara?—Que muriese (1).» Y al instante siento latir mi corazón, estremecerse mis entrañas, y anegarse en lágrimas mis ojos. Estas dos palabras, *que muriese*, han conmovido á todo mi ser, y penetrado hasta la medula de mis huesos. Y esto, ¿por qué? ¿Cómo se explica que tranquilo poco ha, no puedo ahora contener mi admiración? Los vocablos *murió* y *muriese* tienen en francés las mismas letras, y la entonación no ha podido cambiar la impresión recibida, puesto que las he leído en silencio. El mismo órgano ha sido modificado de igual manera, y ha debido producir en la sustancia cerebral igual impresión. He aquí, pues, la materia cogida en flagrante delito de contravención á sus propias leyes. Explíquese, si se puede, de otra manera este misterio, sin acudir á la acción de una fuerza trascendental que ve lo que no ve la materia, y resultará imposible. Yo he visto alguna cosa en este *que muriese*. Sí; he visto á una virtud grande en medio de la más terrible y comprometida de las pruebas; he visto á un ciudadano amar más á Roma que al fruto de sus entrañas; he visto el amor de la patria triunfando de un corazón paternal; he visto á un padre preferir á la deshonra la muerte del último hijo que le quedaba; he visto lo sublime. Y la materia no conoce esto; porque lo sublime no es el sonido de la materia, sino el sonido de un alma grande (2).»

(1) Horac., act. III, esc. 6.

(2) Monsabré, *op. cit.*, pág. 148 y sigs.—V. también: Balmes, *Filosofía elemental* (Psicología, c. I, II, III y IV); y *Filosofía fundamental*, del mismo autor, lib. IX, c. VI, VII, VIII, IX y X.